

Lowell Gudmundson and Justin Wolfe, eds.
Blacks and Blackness in Central America: Between Race and Place. Durham & London: Duke, 2010.
406 pp.

Reviewed by
Salvador Mercado Rodríguez
University of Denver

La publicación en 2010 de este volumen fue un estímulo importante para los estudios de la diáspora africana en América Latina. En él se reúnen aportaciones de once investigadores de varias disciplinas de las ciencias sociales cuyo interés converge en la historia de las relaciones raciales y particularmente en la borradura de la ascendencia africana en las ideologías nacionales centroamericanas. El grupo se congregó originalmente para una conferencia internacional sobre la historia de los afrodescendientes en Centroamérica que tuvo lugar en la Universidad de Tulane en 2004 y que dio origen al volumen. El resultado es un conjunto de extraordinaria coherencia, en que los trabajos dialogan y se apoyan mutuamente, y en el que se sostiene un cambio de paradigma para el estudio de las naciones centroamericanas, las cuales es necesario entender como sociedades en las que la ascendencia africana no es marginal, sino absolutamente central, y en las cuales la integración del componente negro se remonta a la formación de la sociedad criolla en la época colonial. Una versión en español apareció en Costa Rica bajo el título de *La negritud en Centroamérica. Entre raza y raíces*, publicado por la Editorial de la Universidad Estatal a Distancia en 2012. La obra se divide en dos partes, una referida a la época colonial que consta de cinco capítulos y otra referida al proceso de consolidación de las naciones centroamericanas que contiene seis capítulos. En conjunto, arrojan luz sobre los contextos y las tácticas que viabilizaron, por un lado, la integración y el asenso social de los afrodescendientes y, por otro lado, su invisibilización en las ideologías nacionalistas.

Paul Lokken nos recuerda cuán peligroso puede ser confiar en que los términos que usamos mantengan un significado estable a través del tiempo. Su análisis nos confronta con el hecho de que el término *ladino*, al que hoy se atribuyen connotaciones raciales, se usaba en el siglo XVII para marcar un contraste cultural, sobre todo lingüístico. Si bien hoy se asocia con la idea de mestizo, entendido como mezcla de español e indio, en la Guatemala colonial abarcaba a todos aquellos que no eran parte de

la población mayoritaria de indios tributarios. Y un número considerable de esos otros eran descendientes libres de inmigrantes africanos. De este modo, el uso posterior del término contribuye a ocultar la presencia en la formación nacional de un componente demográfico importante tanto en su número como en sus contribuciones a la economía y la cultura en general.

Rusell Lohse examina las condiciones en que viven y trabajan los esclavos (primero indios y luego negros) en las haciendas de cacao en el valle de Matina, Costa Rica, entre la segunda mitad del siglo XVII y la primera del XVIII. A lo largo de un periodo de décadas se opera un cambio en la mano de obra, que primero fue india esclavizada de facto y pasó a ser africana esclavizada de jure. Este es un periodo de auge en la trata de esclavos en Costa Rica (a mini-boom in Costa Rica's small-scale slave trade and a re-Africanization of the colony's slave population)

Lohse describe hechos y circunstancias que chocan con muchas de las ideas que tenemos sobre la esclavitud y que muestran cómo el sistema esclavista tuvo variantes locales que diferían enormemente de un lugar a otro. Los esclavos de Matina llevaban una vida bastante independiente, con escasa supervisión, y procuraban por sí mismos lo que necesitaban para sobrevivir. Se les movilizaba para el servicio militar y estaban mejor armados que la gente libre. Era frecuente que uno de ellos estuviera a cargo de la supervisión de los demás. Habiendo abundancia de tierra, muchos esclavos plantaban sus propio cacao (que por entonces se usaba como moneda de intercambio) con lo cual podían luego adquirir otros bienes e, incluso, llegar a comprar su propia libertad. Estas ventajas no estaban al alcance de la mujeres esclavas, a las que se mantenía en servicio doméstico lejos de Matina. Los hombres, por su parte, a menudo se casaban con mujeres libres. Desde la segunda mitad del siglo XVIII la población afrodescendiente libre continuó su crecimiento, mientras que la población esclava decayó rápidamente. Los matrimonios mixtos contribuyeron a la integración de los afrodescendientes a la población criolla. En pocas décadas desaparecieron como un grupo identificable y pasaron a ser parte de la población mestiza.

Karl H. Offen examina cómo las nociones raciales en formación, y su interpretación en diferentes grupos humanos, se complican debido a factores contextuales propios de cada región. Su estudio de La Mosquitia en los siglos XVII y XVIII, evidencia diferencias en la construcción de categorías raciales con respecto a experiencias anteriores del imperio británico en el Caribe y el continente. Ubicada en un punto de intersección entre los imperios español y británico, ocupando un territorio de fronteras porosas y variables en donde coexistían de forma tensa y compleja poblaciones españolas, británicas, misquitas y de otros grupos amerindios, esta zona es un lugar privilegiado para el estudio de las ideas de raza y sus expresiones sociales y discursivas entre distintos grupos. En un contexto en que se esclaviza a los negros y no a los indios, los misquitos desarrollan ideas raciales que los dividen entre sí y los diferencian de otros grupos. Si bien es cierto que los misquitos reflejan y contribuyen a dar forma a las ideas de diferenciación racial, también es cierto que sus

comportamientos, estatus y poder relativo en la región contribuyeron a subvertir algunas convenciones raciales en formación. Entre ellos había amerindios y afro-amerindios, pero tenían un estatus diferente al de otros indios o mulatos libres. Tenían gobierno propio independiente, vivían como grupo social distinto, exhibían un alto concepto de sí mismos, e interactuaban con los europeos como iguales. Su capacidad para influenciar a grupos de indios y negros, al tiempo que eran esenciales para mantener el sistema esclavista en la región, problematiza las conexiones entre linaje, discurso racial y esclavitud que operaban en otras colonias británicas.

Rina Cáceres Gómez describe un escenario inesperado en la Honduras colonial. A finales del siglo XVIII, luego de recuperar la ciudad de la Habana, que había caído bajo control británico durante la Guerra de los Siete Años, el programa de defensa del imperio español incluyó la construcción de un fuerte en el puerto de Omoa, hoy en Honduras. Las condiciones insalubres del lugar determinaron que se prefiriera mano de obra esclava, aunque en las obras participaron también prisioneros y negros libres. Las limitaciones económicas de la corona determinaron que se pagara a los esclavos del rey un salario que variaba según la ocupación de cada quien en la construcción, pues salía más barato que cubrir la totalidad de los gastos de su manutención. Pero la diferenciación social que se deriva de los distintos niveles de ingreso contribuyó a dar a los esclavos un sentido de su capacidad para alterar su situación y les proveyó mecanismos para la negociación. La creciente incapacidad económica de la corona para cubrir sus deudas (incluyendo salarios atrasados de esclavos), las protestas de los esclavos y el miedo de las autoridades locales, incapaces de controlarlos, condujeron a la decisión de emancipar a más de 500 esclavos que quedaban en 1808, unos 16 años antes de la abolición de la esclavitud en Centroamérica.

Catherine Komisaruk analiza los mecanismos que conducen a las tendencias demográficas que se observan entre los afrodescendientes en Guatemala durante el periodo colonial, según las cuales para mediados del siglo XVII en la ciudad capital la población de negros y mulatos libres era mayor que la de esclavos. Durante el resto del periodo colonial el crecimiento de la población afrodescendiente libre continuó siendo mayor que el de la población esclava; de modo que en la capital la proporción de afrodescendientes en la población libre era cada vez mayor y la población afrodescendiente era en grado creciente una población libre. Para poder mezclarse con otros grupos e integrarse a la población libre, los esclavos se valieron del grado de movilidad que tenían, así como del acceso a salarios y crédito, y de las cortes de justicia, a las que podían acudir para litigar contra cualquiera, incluyendo a sus dueños. Si bien pudieron mejorar su situación, la integración a la sociedad libre sirvió también para ocultar el origen africano de una gran parte de la población. Se asimilaban a una sociedad mezclada que se veía a sí misma como “ladina”, es decir, de raíz hispánica, borrando de la conciencia histórica el pasado esclavo de la nación.

Gracias al ascenso social que habían alcanzado y a sus vínculos con familias españolas prominentes, una generación de afrodescendientes llegó a tener prominencia en el liderato político de Nicaragua en las décadas que siguieron a la independencia, siendo el grupo más notable el que se localiza en el barrio San Felipe, hoy en León. Desde el liderato del Partido Liberal, este grupo promovió una visión de la república que desafió a la oligarquía conservadora. Justin Wolfe argumenta que la raza está en la base de los conflictos políticos de las décadas de 1840-1860, aunque más frecuentemente estos se presentan como conflictos de interés entre grupos de diferentes localidades, cuestiones de lugar más que de raza. Este acercamiento arroja nueva luz sobre una narrativa historiográfica que ordinariamente se organiza sobre la contradicción entre liberales y conservadores, y la aparente coherencia entre esa división de partidos y la rivalidad regional entre León y Granada. Wolf explica que los liberales demandaban completa igualdad, pero su visión cosmopolita los llevó a eludir el lenguaje directo sobre la cuestión racial. Habiendo mejorado su estatus social mediante tácticas de blanqueamiento, parecen negar o sublimar una identidad racial y prefieren reclamar un lugar en el mundo de la civilización liberal, lo cual podría contribuir a explicar la popularidad del término “ladino” en este periodo. Los liberales de San Felipe nunca tuvieron los recursos financieros de sus rivales conservadores de Granada, la fuerza política que tuvieron se basó en reclamos populares, una política en buena medida derivada de la lucha contra el racismo institucional y cultural, y de las redes de apoyo local. Sin un proyecto radical, fueron perdiendo fuerza y San Felipe fue reincorporado a León, y las jerarquías coloniales de raza volvieron a dominar el ambiente político.

En Nicaragua y El Salvador resulta particularmente irónica la borradura de la negritud en la imagen de la nación, siendo estos los países de América Central que más se identifican con la costa del Pacífico y la región montañosa como el hogar del sujeto nacional prototípico. Y es en esas áreas donde durante la colonia y los primeros años tras la independencia estuvieron las poblaciones que trabajaban en la crianza de ganado y la producción de azúcar, poblaciones que eran vistas generalmente en la época como predominantemente mezcladas y afrodescendientes. Entre 1871 y 1893, los regímenes liberales centroamericanos promovieron una reclasificación étnica que tuvo enormes e irónicas consecuencias. Los censos de la época documentan una caída dramática en el porcentaje de la población identificada como india junto con un crecimiento proporcional de la población ladina. En esos mismos años, la población rural se veía sometida a un renovado sistema de trabajo compulsorio, precisamente por pertenecer a la etnia que los censos borrraban. Lowell Gudmundson estudia los archivos demográficos de algunos de los llamados “pueblos blancos” en el oeste de Nicaragua, para arrojar luz sobre las dinámicas raciales de la época. Las tendencias en la selección de pareja son un claro ejemplo de una paradoja que se observa en otras partes de Latinoamérica: la mezcla racial generalizada junto a la exclusión de los indios, en algunas circunstancias, produce una razón muy alta de preferencia racial en la selección de pareja en todos los grupos, y un alto índice de parejas exogámicas para todos excepto para la

mayoría india. A partir de 1883, los oficiales del censo usaban seis categorías de clasificación racial y determinaban la clasificación en base a una impresión visual. Tenían que improvisar cuando encontraban combinaciones inesperadas y a menudo, ante la duda, clasificaban a los niños como mestizos, sobre todo cuando los padres tenían riqueza o prestigio. Factores de status social como el nivel de educación y la riqueza estaban codificados por color e impactaban la clasificación. Al otro extremo, la categoría de negro era más un insulto que un descriptivo, de modo que los indios y los pobres eran susceptibles de recibir esa clasificación.

Juliet Hooker analiza momentos clave en la formación de la nación nicaragüense durante el siglo XIX y comienzos del XX para mostrar los mecanismos racistas que se usaron para excluir de los procesos políticos a los grupos subalternos racializados de la Mosquitia. Argumenta que la racialización del espacio contribuyó a dar forma a una noción del ciudadano en un contexto en que el racismo condujo a una suerte de cartografía de la diferenciación racial sobre el contorno del territorio nacional (mapping of racial difference onto región and territory) y a la espacialización de la raza. La disputa por el control de la región costeña de Mosquitia tuvo un rol importante en la evolución de la imagen que la clase dirigente tenía de sí misma durante el periodo posterior a la independencia. Condujo a que las élites intelectuales y políticas construyeran una visión de la nación predicada sobre la oposición entre una Nicaragua civilizada y un Reino Misquito concebido como “salvaje”. La situación paradójica así creada con relación a la raza y el espacio del ciudadano en Nicaragua todavía está por resolver. Hoy la población afrodescendiente e indígena de la costa sigue estando al mismo tiempo dentro y fuera de la nación: habitan un territorio nacional, pero no se les ve como miembros de la nación ni se les trata como iguales.

A finales del XIX y principios del XX los trabajadores caribeños se movían con frecuencia entre las islas y varios lugares de la costa del Caribe Occidental, formando patrones de migración circular y repetida iban de un lugar a otro siguiendo las oportunidades de empleo que surgían, sin encontrar mayores obstáculos a su movilidad. Pero hacia finales de los años veinte, muchos países de la región comenzaron a prohibir la migración de personas negras, por motivos explícitamente raciales. Aunque las crisis económicas de la época provocaron caídas de precios que afectaron las exportaciones de los países de la región lo que a su vez produjo una caída en la oferta de empleo, esto no explica la reacción xenofóbica racista. Lara Putnam argumenta que la explicación se encuentra en un cambio internacional de la definición, objetivos y tecnologías de la soberanía de los estados. El acta Johnson-Reed de 1924 había adoptado criterios eugenésicos y de asimilabilidad cultural como principios rectores de la política migratoria de Estados Unidos. En años subsiguientes, los países de América Latina reescriben sus leyes de migración procurando posicionarse como colaboradores, más que como blancos, en el proyecto de exclusión eugenésica encabezado por los estadounidenses.

Ronald Harpelle observa la vida cotidiana en las zonas exclusivas que se establecieron a principios del siglo veinte en Panamá, Costa Rica, Honduras y Guatemala para que vivieran los empleados extranjeros blancos de las empresas estadounidenses y europeas que operaban los varios proyectos de construcción y agricultura donde se concentraba masivamente la mano de obra afrodescendiente de origen caribeño. Examina cómo las mujeres que acompañaban a los empleados gerenciales cumplieron con el papel que se les asignó dentro de la estructura de relaciones coloniales que se creó en estas zonas segregadas, administrando el ambiente doméstico para apoyar la gestión de sus esposos. Entre otras cosas, supervisaban a cocineras y otros empleados, vigilaban que los vecinos mantuvieran el decoro y la moral que se esperaba de ellos y controlaban el acceso al vecindario que pudieran tener los paisanos blancos. Aunque eran generalmente jóvenes y a menudo provenían de clases trabajadoras, se adaptaron rápidamente a un ambiente jerarquizado en el que ejercían autoridad y dominio sobre la población local. Estas mujeres eran parte del negocio del banano tanto como lo eran los puertos y ferrocarriles. Su presencia garantizaba que la élite administradora no fraternizara con los lugareños y que la empresa mantuviera su perfil estadounidense.

Como se desprende de la lectura de los ensayos de la colección, muchos afrodescendientes en Centroamérica consiguieron mejorar su situación en la época colonial por medio de tácticas de blanqueamiento y asimilación. Y las élites dominantes en cada país han podido fomentar, prácticamente sin oposición, el mito de una sociedad ladina, mezcla de indio y europeo. Con un acercamiento pedagógico y práctico, Mauricio Meléndez Obando traza las líneas genealógicas de varios nicaragüenses y costarricenses notables cuyos antecedentes africanos han sido opacados en la historia y la conciencia colectiva. Acompaña sus notas en algunos casos con fotografías. Desestabiliza el mito del mestizaje que excluye la negritud con ejemplos que de líderes políticos y religiosos, héroes nacionales, artistas y escritores. Muestra que tanto Costa Rica como Nicaragua han tenido afrodescendientes en su liderato nacional, incluyendo algunos presidentes.

En fin, los artículos del volumen muestran los resultados, a veces parciales, de un considerable esfuerzo de investigación en archivos y fuentes documentales primarias. El desenmascaramiento sistemático de la ideología nacionalista del mestizaje que omite la negritud es frecuentemente iluminador. Aunque puedan señalarse desproporciones, por ejemplo, en la atención repetida a unos países o la omisión de otros, veo en esta colección una aportación que hace importantes correcciones a la comprensión de la historia centroamericana y un estímulo para futuras investigaciones sobre la diáspora africana y las dinámicas raciales en América Latina.